

OTRO SIMPLE CUENTO DE NAVIDAD

No quería volver a verla. Por eso, Tristán se adentró en el bosque. Intuyó su reflejo en el cristal de la cafetería del pueblo que les había visto nacer. Se levantó de la silla como si alguien le hubiese pinchado con una fina aguja, y salió de allí, apresuradamente.

Detrás de un tortuoso sendero, empezaba a haber unos tímidos árboles. Cuanto más te alejabas de la villa, más frondoso se convertía el paisaje. Los abetos se reflejaban en su cruz de Caravaca, como si de un espejo se tratase. Aquel año no había nevado, y a pesar de eso, y de las altas temperaturas que acompañaban aquellos días de diciembre, sentía su corazón helado. Se había convertido en alguien distante, frío, calculador, o eso era como él se veía a sí mismo.

Desde dónde se encontraba, Tristán recordó su primer cuento como algo fugaz que le había marcado para siempre. Al menos, era cierto que el bosque se conservaba como en aquel cuento en el que el protagonista principal hablaba con una haya, rogando la paz en el bosque. Su yaya le había animado a enviarlo al concurso, pero al final, y después de un veredicto pactado a destiempo, no había sido elegido.

Ahora ya era tarde. Regresó a su casa por otro sendero secundario. Aquella vista era la que más le gustaba. Al menos el bosque se conservaba igual de esplendoroso que en su juventud. Sus ojos reflejaban una triste lágrima guardada. No le guardaba rencor, pero un incendio había destruido aquel bosque; el de sus sueños amargos.

Subió por las escaleras. Cada peldaño le daba sed. Se adentró en aquella casa silenciosa que era su hogar. Su familia todavía no había llegado y se sintió hipócrita de sí mismo. Descorchó una Coca cola y puso el champagne francés en la nevera. Aquella Noche Buena la pasaría rodeado de gente altiva, como él.

Al mirar por el cristal, observó una trenza gruesa castaña en su memoria de antaño. El tiempo, había pasado para todos. Ella, con un gorro gris y una bufanda a conjunto. Él iba de negro, poblado de canas. Aquella noche no se mirarían a los ojos, porque ya se lo habían dicho todo. No sabrían qué decirse ya. Se preguntó qué quedaban de sus ilusiones que le habían sido arrancadas. Una estrella, que se intuía en el cielo nublado, dejó los primeros copos de nieve que cayeron tímidos.

A la mañana siguiente, una copiosa nevada le despertó secuestrándole en aquella villa que olía a maravilla del destino. No podría huir cómo había pensado. Se quedaría haciendo muñecos de nieve en el jardín durante el fin de semana. Sus hijos no comprenderían, porque su padre pasaba aquella mañana tanto tiempo con ellos. Ella, en cambio, sí lo sabía. Llevaba tiempo sembrando ilusiones pasajeras. No le había sido nunca infiel, pero él nunca le había perdonado que fuera la enchufada de la clase. Era un duelo entre los dos que sus hijos no comprendían, pero a veces, sus padres se comportaban como niños.